

Metáforas de lo sensible. Clarice Lispector

Pablo Vergara

Los pensadores, para quienes todos los astros se mueven de forma cíclica, no son los más profundos; aquel que mira dentro de sí, como en el interior de un inmenso universo, y lleva vías lácteas en él sabe también que irregulares son todas las vías lácteas, que los transportan al fondo del caos y del laberinto de la existencia.

Friedrich Nietzsche

I

Mirar dentro de sí: poniendo por caso que lo que sugiere la metáfora fuese posible. Sin duda, algo de la metáfora *resuena* en nosotros: podemos algo así como mirar dentro nuestro: ponernos como objeto de esa mirada intelectual: mirar con la razón al interior de nosotros mismos y al ver –siguiendo lo que nos propone Nietzsche– reconocer en lo que vemos lo irregular, caótico, inaprensible, lejos de la claridad y de la transparencia del yo.

Ni como realidad ni como imposibilidad, es en su resonar que captamos la metáfora, en vaivén entre una y otra; siempre desmesurada en la presunción de su cálculo, nunca desechable del todo en su posibilidad de portar sentido; mucho más eficaz, poniéndola en perspectiva histórica, que imposible.

En la génesis del lenguaje está la metáfora, al llevar a palabras diferentes objetos y estados de objetos, al delimitar sensaciones de diversos tipos y darles nombre: “¡Transponer, ante todo, una excitación nerviosa en una imagen! Primera metáfora. ¡La imagen es transformada en un sonido! Segunda metáfora. Y cada vez este salto total de una esfera a otra, completamente distinta y nueva.”¹ El primer acto del lenguaje es la creación de metáforas, y éste, lejos de proporcionarnos conocimiento, “sólo designa las

¹ Nietzsche, Friedrich “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral” traducción de Pablo Oyarzún Robles, en www.philosophia.cl (1/06/2013) p. 3.

relaciones de las cosas con los hombres”². El ser humano como ser relacional, como entidad en tensión con el ambiente en el que se desenvuelve, se pone en contacto con su entorno por medio de su cuerpo y con todos sus sentidos. El lenguaje permite tener una relación del mundo, como el sentido de la vista, del oído u otro constituyen el mundo y el propio cuerpo donde tales sensaciones se producen y rebotan de uno a otro lado. El lenguaje permite captar el brillo de esas experiencias primarias, darles lugar y establecer la noción de singularidad en el mundo y en las cosas. La metáfora, las diversas transposiciones necesarias para que haya lenguaje, es una vía de acceso a lo exterior y a lo que sin embargo permanece desconocido al hombre, sólo puesto en relación con él (lanzando frente a él), y permaneciendo siempre “una X inaccesible e indefinible para nosotros”.³

En este diagnóstico nietzscheano el equívoco comienza aquí: es al olvidar esta valencia de la metáfora y depositar en ella la confianza desmesurada de la generalización que se incurre en el error de asumir como real lo que la metáfora transpone, en formar conceptos a partir de experiencias singulares y por ello finitas, soslayándolas, para construir, a partir de esa “mentira”, una noción de “verdad”: “las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas que han sido desgastadas por el uso y que han perdido su fuerza sensible (...)”.⁴

La “fuerza sensible” de la metáfora: tal vez aquí se puede dar el punto de partida para este trabajo. Para Nietzsche, el concepto es la cárcel de la palabra, la clausura de la parte viva del lenguaje. Lejos de la noción de concepto que diera una vez Deleuze, sobre la que me propongo volver: “El concepto es un centro de vibraciones que no se corresponde con la realidad, pero permite que oigamos con ella. Los conceptos se definen por su capacidad de resonancia”⁵. Lo que me propongo en lo sucesivo es interrogar las posibilidades de la metáfora de llevar a cabo una escritura que vaya más allá del concepto nietzscheano, escritura más allá del concepto, tal vez una escritura capaz de asumir el valor del concepto deleuziano, que pueda abrirse a lo sensible, hacer resonar la experiencia, sin enfrascarla; una metáfora que mantenga su fuerza sensible en lugar de su posibilidad de significar o de hacer sentido a costa de su vitalidad.

² Nietzsche, Friedrich, *op. cit.* p.3.

³ Nietzsche, Friedrich, *op. cit.* p. 4.

⁴ Nietzsche, Friedrich, *op. cit.* p. 4-5

⁵ Deleuze, Gilles, "Portrait du philosophe en spectateur" (entrevista de Hervé Guibert), *Le Monde*, Oct. 6, 1983, Pp.1-17.

II

Para interrogar esa posibilidad de la metáfora sensible y de una escritura que asuma con ella su capacidad resonante, me propongo revisar algunos fragmentos de *Agua viva* de Clarice Lispector como espacio donde una escritura de sí se pregunta por sus condiciones de posibilidad y sobre todo por sus posibilidades de expresión, por las posibilidades de su lenguaje.

Te digo: estoy intentando captar la cuarta dimensión del instante-ya, que de tan fugitivo ya no existe porque se ha convertido en un nuevo instante-ya que ahora tampoco existe. Quiero apoderarme del *es* de la cosa. Esos instantes que transcurren en el aire que respiro, [...]. Quiero poseer los átomos del tiempo. Y quiero capturar el presente que, por su propia naturaleza, me está prohibido; el presente se me escapa, la actualidad huye, la actualidad soy yo siempre en presente. [...] Y en el instante está el *es* de sí mismo. Quiero captar mi *es*. Y canto un aleluya al aire como lo hace el pájaro. Y mi canto no es de nadie. Pero no hay pasión sufrida en el dolor y en el amor a la que no le siga un aleluya. (11-12)⁶

Comencemos por decir que la narradora de *Agua viva* no se propone únicamente la mirada dentro de sí. Dicho de otro modo, que la mirada dentro de sí es tal vez una parte de lo que se propone; por otro lado, se propone una comprensión del instante, del presente y, con ello, del acontecimiento. Hay sin duda en su búsqueda una fascinación por el tiempo, y en particular por el tiempo presente, ese único e inasible tiempo del “instante-ya”. Ahora bien, nos podemos preguntar si estas dos “partes”, estas dos preocupaciones no son sin embargo parte de una misma cosa, parte de una misma búsqueda. Al parecer, para la narradora de *Agua viva* la pregunta por el instante es también la pregunta por su ser interno, la pregunta por su mirada interior. O, de otro modo, en la pregunta, su *es* interior es una metonimia del *es* de las cosas, su ser interior no está dividido del ser de las cosas y el punto desde donde se ve esa continuidad es en el momento preciso del instante. Dos cosas saltan a la vista: la primera es la desmesura de la búsqueda de la narradora de *Agua viva*: su “ejercicio” de escritura –vuelto hacia afuera, vuelto hacia sí–, está puesto en función de una tarea excesiva, desbordante: se busca “captar” (¿qué significa esto: agarrar, aprehender, ver, conocer, entender?) el *es* de las cosas, es decir, la tarea es también excesiva en su complejidad como excesiva y

⁶ Lispector, Clarice, *Agua Viva*, Siruela, Madrid, 2008.

compleja es la materia de las cosas (i.e. la materia de las experiencias). Y esa desmesura está acompañada de un segundo aspecto: tan desmesurada como la propuesta es el exceso de su misma expresión: ante el exceso de sentido de la búsqueda, de la búsqueda de un sentido tan excesivo, la expresión, en este caso la escritura en acto de la narradora es asimismo desmesurada, excesiva, pero también cambiante, inestable, fragmentaria y rapsódica. Ante este doble exceso cabe preguntarse por la relación que pudiera existir entre ambos: ¿es el exceso de la búsqueda, el exceso del material, el que “produce” el exceso de la expresión? ¿es la narración de *Agua viva* una narración “adecuada” al material que se busca narrar (captar)? O, de otro modo: ¿está la narración en *Agua viva* en función de una representación de lo heterogéneo de la experiencia?; ¿busca, como la narradora de *Agua viva*, la “captación” de un instante de la experiencia, o de la dinámica de la experiencia, a través de la narración? Con estas preguntas abrimos el problema: una escritura “adecuada” a un tema, “en función” de la captación de un objeto cualquiera es una escritura que calcula o que calibra su práctica por muy excesivo que sea su objeto: antes que una escritura del exceso, se mantiene como su contrario, una escritura del cálculo, y antes que iluminar nuevas zonas de lo sensible o de la experiencia, se mantiene en un régimen representativo que deslinda los ámbitos de las prácticas creativas. Esto me parece que ocurre, *malgré lui*, en *Agua viva* del lado de la narración: la narradora de *Agua viva* pone en acto su escritura desbordada como una escritura que marca su singularidad absoluta, que se desvincula de cualquier límite impuesto a la escritura; sin embargo, la narración de *Agua viva* nos pone en presencia de esta narradora, una pintora puesta a escribir, es decir, nos presenta antes que la singularidad de la práctica artística, las divisiones previas del arte, su régimen representativo y social como prácticas separadas del hacer en el arte. “El régimen estético de las artes es el que identifica propiamente al arte en singular y desvincula este arte de toda regla específica, de toda jerarquía de los temas, los géneros y las artes”, dice Rancière.⁷ Si bien esto es precisamente lo que la narradora de *Agua viva*, la pintora, se propone al escribir, como por negatividad la narración en la novela no puede romper el sortilegio de las divisiones del arte, ni con el lenguaje desbordado llegar por sí sola a un discurso del exceso. Hay en la novela, digamos, una escisión: la escritura de la narradora es un relato que tiende a la desarticulación de las divisiones de lo sensible (o a la proposición de nuevas reconfiguraciones de lo sensible), que va hacia su objeto, el *es*

⁷ Rancière, Jacques “La división de lo sensible”, traducción de Antonio Fernández Lera, en Centro de estudios Visuales de Chile, www.centrodeestudiosvisuales.cl (2009) (30/5/2013), p. 9.

del instante, de lo exterior y su propio *es* interior por la vía de un discurso no sujeto a las reglas propias del discurso, que las desborda. Del otro lado, esta escritura aparece como dentro del marco de la narración que es la novela y por tanto contenida en un discurso de otra índole, de una representación que pone en juego todas las divisiones convencionales de la escritura, los géneros y del lenguaje; de la representación de un sujeto, la narradora de *Agua viva*, puesto a derribar las fronteras de su comprensión separada de lo exterior, desarticular las divisiones positivas de lo interior y exterior y que busca hacer de su escritura el lugar posible de nuevas zonas de la experiencia. Lo que de un lado aparece como tentativa, como la resistencia de la escritura a “hacer literatura”, de la obra a hacer obra, del otro lado aparece como procedimiento, como forma cerrada. No pasa únicamente por ser una cuestión sobre los géneros, pero sin duda se hace visible con ello. *Agua viva* pone en lugar principal la operación de escritura, pero, contrario a lo que parece, la tematiza como un acto conciente y con ello pone en juego una función “refleja” de la escritura, una operación de volver conciente que la escritura sin más no se propone y que tampoco es inherente a la novela como forma narrativa. Desde esta perspectiva, uno de los pasajes más memorables de la novela se nos presenta con equívoco: “(...) estoy entrando calladamente en contacto con una realidad nueva para mí que todavía no tiene pensamientos que le correspondan y menos aún una palabra que la signifique: es una sensación más allá del pensamiento.” (p. 51) Pareciera ser que una paradoja tomara forma en el pasaje: la “sensación más allá del pensamiento” se sustrae, no precisamente a la escritura, sino al acto de volverse conciente que corre paralelo a la escritura: no es la sensación en sí misma, sino tal vez el “estar entrando calladamente” lo que la narración hace conciente, tematiza, y con ello deja escapar la singularidad esencial de la operación en un reflejo o en la representación de aquello que por otro lado la escritura busca.

Podríamos, efectivamente, pensar, sentir, querer, recordar, e incluso «actuar», en todos los sentidos de la expresión, sin necesidad de que todo ello «entre en nuestra conciencia» (como se dice metafóricamente). Sería posible la vida entera sin que se viera reflejada, y así sucede realmente, pues, para nosotros, la mayor parte de la vida transcurre sin ese reflejo —incluyendo nuestra vida pensante, sensible y volitiva (...) ⁸

⁸ Nietzsche, Friedrich “El genio de la especie” en *La gaya ciencia*, traducción de Jorge Javier Valencia, 1982, versión epub de <http://epubgratis.me/node/12626> (1/06/2013) p. 194

(...) todo lo que llega a ser consciente se vuelve al mismo tiempo chato, endeble, reducido hasta el estereotipo gregario; toda toma de conciencia remite a una operación de generalización, de banalización, de falsificación, a una operación profundamente corruptora.⁹

III

Más allá de este segundo diagnóstico nietzscheano, el valor “reflejo” de la operación de conciencia, y en este caso el valor reflejo de la operación de volver consciente paralelo y mediante el ejercicio de la escritura, pone al lenguaje más del lado de la conceptualización de la experiencia (“conceptualización” también en el sentido nietzscheano) que de la construcción (podemos decir, “inmanente”) de devenires de la experiencia, o de nuevas metáforas con fuerza sensible de la experiencia. Cálculo y tensión hacia la trascendencia, de un lado; desborde y plano de inmanencia, del otro. Aquí es donde podemos apreciar que lejos de estar distanciados, Deleuze retoma a Nietzsche para elaborar su noción de “campo trascendental”:

(...) el campo trascendental no puede ser definido por su conciencia, la cual sin embargo le es coextensiva aunque sustraída a toda revelación. Lo trascendente no es lo trascendental. Más allá de la conciencia el campo trascendental se definiría como un puro plano de inmanencia porque escapa de la trascendencia tanto del sujeto como del objeto. La inmanencia absoluta es ella misma y sólo ella misma: no está en ninguna cosa ni pertenece a ninguna cosa.¹⁰

Si entendemos la metáfora como analogía estamos en el terreno de la conciencia y por ende perdemos de vista lo inmanente, sobre lo que toda conciencia se sostiene. Es difícil escribir la inmanencia, por no decir que no es posible, ese es tal vez el equívoco de *Agua viva*. Sin embargo, escribir *es* inmanente, la escritura configura un plano de inmanencia (“cuando la inmanencia no responde a nada distinto que a sí misma es cuando podemos hablar de un plano de inmanencia”¹¹). En este sentido, una escritura más allá del pensamiento bastaría con ser sólo una escritura (o la escritura de un pensamiento no consciente) y no la escritura que busca acceder a ese más allá. Hay que ver, entonces, qué posibilidades tiene la metáfora de no ser únicamente un cálculo

⁹ Nietzsche, Friedrich, *op. cit.* p. 198.

¹⁰ Deleuze, Gilles “La inmanencia, una vida”, traducción de Consuelo Pabón, en <http://www.antroposmoderno.com> (24/06/2013) p.1

¹¹ Deleuze, Gilles, *op. cit.* p. 2

conciente, pues la dificultad que encontramos en la metáfora, digamos, clásica es que siempre responde a otra cosa incluso cuando esa cosa es un incierto: queda por saber si hay algo así como una metáfora de sí misma, una metáfora inmanente. Y si algo de ese estilo seguiría siendo una metáfora o qué sería:

¿Qué es un espejo? Es el único material inventado que es natural. Quien mira un espejo, quien consigue verlo sin verse, quien entiende que su profundidad consiste en ser vacío, quien camina hacia el interior de su espacio transparente sin dejar en él el vestigio de la propia imagen, ese alguien ha entendido entonces su misterio.¹²

Bibliografía

- Bataille, Georges, “La noción de gasto”, Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.
www.philosophia.cl (16/11/2012)
- Deleuze, Gilles, "Portrait du philosophe en spectateur" (entrevista de Hervé Guibert), Le Monde, Oct. 6, 1983, Pp.1-17.

¹² Lispector, Clarice, *op. cit.* p. 83

- _____ “La inmanencia, una vida”, traducción de Consuelo Pabón, en <http://www.antroposmoderno.com> (24/06/2013)
- Giorgi, Gabriel “El “animal de adentro”: retóricas y políticas de lo viviente”, Mimeo, ????
- Isava, Luis Miguel “De las prolongaciones de lo humano” Mimeo, 2012.
- Lispector, Clarice, *Agua Viva*, Siruela, Madrid, 2008.
- _____ “Muerte de una ballena” en *Revelación de un mundo*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2004, pp. 106-109.
- Nietzsche, Friedrich “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral” traducción de Pablo Oyarzún Robles, en www.philosophia.cl (1/06/2013).
- _____ “El genio de la especie” en *La gaya ciencia*, traducción de Jorge Javier Valencia, 1982, versión epub de <http://epubgratis.me/node/12626> (1/06/2013) pp. 194-198.
- Rancière, Jacques “La división de lo sensible”, traducción de Antonio Fernández Lera, en Centro de estudios Visuales de Chile, www.centrodeestudiosvisuales.cl (2009) (30/5/2013).